

LA ESPAÑA DE MIGUEL HERNÁNDEZ. SUEÑOS DE JUVENTUD (1923-1933)

Manuel Jesús Soler,
profesor de Lengua española y Literatura.
Aula Miguel Hernández de Cartagena.

Francisco José Franco,
cronista oficial de Cartagena.
Profesor de la UNED

Recibido: febrero 2022/ aceptado febrero 2022

RESUMEN

Segunda entrega de una serie que enmarca la vida y obra de Miguel Hernández en el contexto de la España de la primera mitad del siglo XX. En este apartado analizamos sus primeros pasos como escritor, coincidentes con los años de la Dictadura del General Primo de Rivera y la aparición de los movimientos totalitarios en Europa. El poeta cabrero, esperanzado con la proclamación de la Segunda República y el ascenso social de muchos intelectuales, comienza su aventura madrileña.

PALABRAS CLAVE

Miguel, Orihuela, Canalejas, Semana Trágica, clero, Miró.

Pueblo donde ha nacido y agonizado esta gran criatura:
todos los homenajes que le hagamos se los merece.
Procuremos que estos resulten lo más duraderos y de
verdad y lo menos teatrales y de relumbrón posible.
Yo sé que él aceptará los mejores y rechazará
los otros: que, aunque parece que a los muertos todo les
da lo mismo, no es así.

A modo de introducción

Pudiera parecer demasiado ambicioso el objetivo que nos hemos impuesto los autores de esta serie de artículos, pues tomar como hilo conductor de la historia de España y en unos años tan complicados como fueron los de la primera mitad del siglo XX la simple biografía de un hombre es de una inmensa osadía. Pero pudiera justificarse nuestro empeño por ser Miguel Hernández, cuya vida y obra se ha analizado en los últimos 50 años de manera profunda, un modelo prototípico de lo que fue el devenir de nuestra Patria.

Miguel es en nuestros días a la poesía como Rousseau al pensamiento: no deja indiferente a nadie y todos quieren ver algo cercano en ellos. Y eso que nuestro hombre no pudo vivir de la literatura como era su sueño, pues nunca encontró el camino que le condujese al éxito, ni pudo sentirse cerca hasta los tristes años de la Guerra de los grupos de poder que él siempre admiró.

En esta segunda entrega de la serie histórico-biográfica que llevamos a cabo sobre el poeta-cabrero nos adentramos en los años de su adolescencia y primera juventud, un tiempo que coincide con el periodo de la Dictadura de Primo de Rivera, el exilio del rey Alfonso XIII, la proclamación de la Segunda República y la puesta en marcha del Bienio Reformista.

1. El tiempo de la adolescencia: la Dictadura de Primo de Rivera

Puede decirse que los problemas generados en la campaña de África, especialmente tras el Desastre de Annual de 1921 fueron causa directa del golpe de Estado y la Dictadura de Miguel Primo de Rivera: las múltiples irregularidades del proceso colonial y la gestión de la política militar de la zona (el llamado Expediente Picasso) precipitaron los acontecimientos. En aquellos días los partidos de la Restauración (Liberal y Conservador) eran incapaces de mantener su propia coherencia interna, surgiendo en sus propias filas corrientes de opinión críticas que hacían imposible un entendimiento permanente que permitiese mantener inamovible el pacto con la Corona, la manipulación electoral acordada, la cohesión

territorial que proponían tradicionalmente los caciques y la estructura de poder establecida en la ya caduca Constitución de 1876.

En el pueblo de Orihuela, demasiado lejos de las intrigas de la Villa y Corte y demasiado cerca del día a día de ese mundo rural de curas y terratenientes huertanos, los parroquianos comentaban las tristes últimas noticias de un país en permanente desprestigio, herido de muerte por años de gripe y crisis económica y en eterna reinvención: el sistema político era débil y le crecían los enemigos al mismo ritmo que se diluía cualquier intento de censura.

A la España del joven bachiller Miguel Hernández se le rompían las costuras por donde más le dolía desde siempre: la invertebración de su territorio era de nuevo una amenaza, pues un Carlismo debilitado se veía ahora acompañado por el surgimiento de fuerzas nacionalistas con cierto poder de decisión en las Cortes. Los republicanos resurgían de la mano del populista catalán Alejandro Lerroux; y el movimiento obrero, cuya versión más conocida era la anarquista, cobraba forma de la mano del PSOE, que vivía la transición desde su proceso fundacional en 1879 a la aparición de los nuevos líderes que serían protagonistas en los años venideros.

Pero no nos engañemos: identificados los problemas de fondo y los coyunturales, el zarpazo agresivo, el paso hacia adelante, es casi siempre en forma de pronunciamiento. Y el ejército del siglo XX ya no es liberal, pues está muy pegado al conservadurismo y a los valores tradicionales. Entre ellos surgen las diferencias, pues hay un ejército antiguo, de siempre, heterogéneo en todos los sentidos, regido por el escalafón; y un ejército nuevo, impregnado del Fascismo imperante, comandado por jóvenes generales *Africanistas*. El desastre de Annual, como aquel del 98, pone en el disparadero (como en la Francia del *Affaire Dreyfuss*) las miserias internas del ejército, que son las de la misma Patria.

En este contexto un general riguroso y valiente, Juan Picasso, prepara un meticuloso informe para ser debatido en el parlamento que prometía poner sobre la mesa asuntos de grave corrupción que salpicaban a las más altas magistraturas del Estado y el Ejército. Esto era

inadmisible para determinados poderes, por lo que en 1923 el entonces Capitán General de Cataluña, Miguel Primo de Rivera, dirigió un golpe militar que acabó definitivamente con el régimen de la Restauración y proclamó una dictadura militar, que fue aceptada por el rey.

En resumen, los problemas derivados de la Guerra de Marruecos, la crisis económica posterior a la Primera Guerra Mundial y la presión ejercida por partidos políticos contrarios al sistema, terminarán provocando la caída del sistema bipartidista en el que se apoyaba la monarquía española. La población reaccionó con relativa indiferencia pues estaba, en cierto modo, cansada de la constante inestabilidad. El dictador para ganarse la confianza de los partidos de la oposición, llega a acuerdos con el Partido Socialista y con los nacionalistas catalanes, a los que promete respetar la limitada autonomía de su territorio (la Mancomunidad pactada años atrás con el presidente Canalejas). Pero pronto, por la presión del ejército, retira la confianza al nacionalismo catalán e inicia una dura represión que prohibió las instituciones catalanas, el uso del catalán. e incluso la sardana, el baile regional de Cataluña.

Una vez recuperado el orden, y aprovechando la bonanza económica de los llamados Felices años 20, la Dictadura obtuvo éxitos en algunos aspectos de la vida nacional. De esta manera, se logró en 1927 la total pacificación del protectorado español en Marruecos. También se aprovechó la etapa de prosperidad económica mundial posterior a la Primera Guerra Mundial y se realizaron importantes obras públicas: carreteras, ferrocarriles, puertos y obras hidráulicas. También se crearon grandes monopolios públicos como la Compañía Telefónica Nacional de España (CTNE) y la Compañía Arrendataria de Monopolio de Petróleo (CAMPSA).

La Orihuela de Miguel Hernández es en 1923 un pueblo de mentalidad rural y conservadora, gobernada por Carlistas y ultra católicos como el militar y terrateniente Francisco Díe, activo integrante de la Organización Agraria Católica; el maurista Federico Linares y el banquero Antonio Balaguer; todos ellos integrados en la nueva política económica de José Calvo Sotelo y vinculados tanto a las elites agrarias valencianas como a los intereses del regadío tradicional murciano,

reactivado y rearmado desde la poderosa trinchera de la flamante Confederación Hidrográfica del Segura.

En 1923, coincidiendo con la nueva etapa histórica, Miguel pasa a estudiar el bachillerato en el colegio Santo Domingo de Orihuela, regentado por los jesuitas, que le proponen para una beca con la que continuar sus estudios, la cual rechaza su padre, que consideraba que sabía ya lo suficiente como para poder atender los negocios familiares. En 1925 abandonó los estudios por orden paterna para dedicarse en exclusiva al pastoreo. Mientras cuidaba el rebaño, Hernández leía con avidez y escribía sus primeros poemas.

Por entonces, el canónigo Luis Almarcha Hernández, preocupado por la formación de un alumno que consideraba brillante, puso a disposición del joven poeta libros de San Juan de la Cruz, Gabriel Miró, Paul Verlaine y Virgilio, entre otros. Sus visitas a la biblioteca pública eran cada vez más frecuentes y empezó a formar un improvisado grupo literario junto a otros jóvenes de Orihuela en torno a la tahona de su amigo Carlos Fenoll. Los principales participantes en aquellas reuniones eran, además de Hernández y del propio Carlos, su hermano Efrén Fenoll, Manuel Molina y José Marín Gutiérrez, futuro abogado y ensayista que posteriormente adoptaría el seudónimo de *Ramón Sijé*, quien fue póstumamente conocido por la famosa *Elegía*, y que fue en vida no solo su amigo, sino también su compañero de inquietudes literarias.

Los libros fueron la principal fuente de educación del poeta-cabrero, convirtiéndose en una persona totalmente autodidacta. Los grandes autores del Siglo de Oro: Miguel de Cervantes, Lope de Vega, Pedro Calderón de la Barca, Garcilaso de la Vega y, sobre todo, Luis de Góngora, oficiaron como sus principales maestros en la provinciana *Oleza* (así llamaba a Orihuela Gabriel Miró), alejado de los ruidos de sable de la capital, donde Primo de Rivera, con el beneplácito del rey, iba acumulando todo el poder por medio de un Directorio Militar que gobernaría el país. Además, prohibió los partidos políticos y censuró la prensa, cerrando así el camino a los jóvenes valores literarios y a las nuevas ideas.

2. 1929: el mundo en crisis

El año 1929 iba a ser el de consolidación del régimen: Primo de Rivera se jactaba ante el rey de los logros económicos y dos de las ciudades más importantes del país, Sevilla y Barcelona, celebraban sendas exposiciones universales. Pero la bonanza económica y la colaboración institucional puntual de una parte de la izquierda y del nacionalismo no ocultaban el hecho de que el régimen era fuertemente impopular, especialmente para los intelectuales; así como para la mayoría de fuerzas políticas ilegales, el nacionalismo separatista y autonomista y los sindicatos de todas las tendencias, que denunciaban las políticas pro fascistas de la organización laboral vertical. Primo de Rivera y sus gobiernos habían afrontado con cierto éxito el problema de Marruecos y logrado avances notables en el terreno de la modernización de España, pero los males de fondo (ocultos por los fastos de los Dorados años 20), permanecían: el retraso de determinados territorios, la brecha social, la corrupción, los abusos de poder...

Y llegó la crisis mundial de 1929, que empezó en Estados Unidos y alcanzó también a España: Primo de Rivera dimitió el 28 de enero de 1930, abandonado por sus propios defensores (empezando por el Rey) y denunciado por las fuerzas opositoras.

Desde la lejanía, el joven Miguel, que tenía en 1930 veinte años, observaba con mirada crítica desde su retiro provinciano la situación nacional, alejándose cada vez más de las pacatas opiniones de sus amigos de tertulia de siempre, miembros de la pequeña burguesía oriolana, y acercándose a la mirada crítica de los intelectuales de las generaciones literarias de 1898 y 1927. Esta minoría trató de buscar soluciones que consiguieran la modernización de España. Entre estos intelectuales destacó Joaquín Costa, creador del movimiento llamado Regeneracionismo, que pretendía conseguir la transformación de la sociedad española y que tuvo una importante influencia entre los políticos e intelectuales del país. A principios de siglo, el reformismo era el ideario que guiaba las estrategias políticas. Esta corriente reformista se basaba en:

1) La escuela como el instrumento básico de transformación individual y colectiva.

2) Pragmatismo en lo económico.

3) Un cambio radical en la tradicional política hacia objetivos e intereses más prácticos.

En el plano de la cultura se consiguieron logros notables en casi todos los aspectos hasta el punto de que se puede hablar de una Edad de Plata en paralelismo con la Edad de Oro del Barroco (que se extendió desde los últimos años del siglo XIX hasta la Guerra Civil) y en la que participan distintas generaciones.

El gran momento de la cultura española del primer tercio del siglo XX produjo espléndidos frutos en las artes plásticas. En general, todo este período se caracteriza por la pugna entre casticismo y europeísmo. En la pintura, tras la moda del cuadro histórico, el impresionismo empezó a producir grandes figuras internacionales como Sorolla. En este ambiente apareció Pablo Ruiz Picasso, creador del cubismo (cuya fama empezaría en la década de los treinta) y coetáneo de otros grandes innovadores como Juan Gris, el primer Dalí surrealista y Joan Miró. En la escultura destacaron grandes maestros valencianos y catalanes como Benlliure. En el campo de la música se cultivó con gran brillantez la zarzuela (género musical similar a la ópera pero de temática española) y aparecieron grandes músicos como Albéniz, Granados, Turina y Manuel de Falla. En la arquitectura siguió vigente el eclecticismo de la época anterior, pero en Cataluña apareció la arquitectura modernista de Antonio Gaudí con obras como *La Sagrada Familia*.

Entre los intelectuales de este periodo destacó la mirada crítica de los filósofos Ortega y Gasset, Miguel de Unamuno, García Morente y María Zambrano, cuya influencia fue decisiva en la formación de una corriente de opinión favorable a la renovación moral de España que representaba traer la República y que a Miguel Hernández tanto ilusionó.

En 1930 el general Berenguer sustituyó a Primo de Rivera con el compromiso de realizar las reformas necesarias para establecer un cambio de sistema. Pero avanzaban con enorme lentitud, lo que pronto motivó la desconfianza generalizada en el proceso. En 1931 el rey se

ve obligado a sustituir a Berenguer por otro general, Aznar, para que agilizase el proceso de retorno al constitucionalismo.

El joven Miguel asiste entusiasmado a un cambio de régimen que acabase con la censura y diese poder a los hombres de letras. Él quiere ser uno de ellos: su pasión creciente por la escritura le lleva a pensar en comprar una máquina de escribir y dejar de molestar así al vicario, que era quien le pasaba a limpio sus versos. Eladio Belda, administrador del semanario social y agrario *El Pueblo de Orihuela*, le aconseja comprar una de segunda mano, portátil, de la marca *Corona*, cuyo precio era de 300 pesetas. Miguel Hernández estrena su máquina de escribir unos días antes de proclamarse la República, el 20 de marzo de 1931. A partir de entonces, subirá cada mañana al monte, hasta la Cruz de la Muela, con el hatillo al hombro y su máquina bajo el brazo para componer poemas hasta altas horas de la tarde.

3. 1931-1933: la Segunda República y los años de la esperanza. La cultura republicana

Ante la incertidumbre política y social, el Rey decide convocar elecciones municipales, que habrían de celebrarse el 12 de abril de 1931, pudiendo participar en ellas todos los partidos políticos prohibidos durante la Dictadura. La sensación popular y la organización de las candidaturas en bloques convirtió el proceso en un plebiscito a la Monarquía: si los partidos monárquicos perdían, el cambio de sistema y la implantación de la República serían imparables. Y esto fue lo que sucedió. Aunque en los pueblos y pequeñas ciudades ganaron los partidos monárquicos (donde el caciquismo era mucho más influyente), en todas las grandes ciudades triunfaron los partidos republicanos, y eso influyó mucho en el ánimo del rey y de su entorno. De tal modo que, en un ambiente de euforia, apenas dos días después, el 14 de abril de 1931, fue proclamada la Segunda República española, y un gobierno provisional presidido por Niceto Alcalá Zamora se hizo cargo del país. Ese mismo día el Rey abandonó España por Cartagena camino del exilio.

El entusiasmo popular ante la nueva esperanza fue unánime. Todos creían que el nuevo régimen resolvería los viejos problemas. Y Miguel no fue ajeno a esta gozosa marea: debido a la reputación

que logró gracias a las publicaciones en varias revistas y diarios, el 31 de diciembre de 1931 viajó a Madrid buscando consolidarse en la escena literaria con unas pocas pesetas, un puñado de hojas de poemas y algunas recomendaciones.

Introducido por Francisco Martínez Corbalán, las revistas literarias *La Gaceta Literaria* y *Estampa* le ayudaron a buscar empleo, pero el intento no fructificó y se vio obligado a volver a Orihuela el 15 de mayo de 1932. No obstante, dicho viaje tuvo gran importancia, al permitirle conocer de primera mano la obra de la Generación del 27, así como la teoría necesaria para la composición de su obra *Perito en lunas*. El famoso artículo de la revista *Estampa*, convirtió a Miguel Hernández en el poeta del pueblo, identificado para su gloria y su desdicha con la Segunda República, que generaba por aquel entonces una gran esperanza colectiva.

El 25 de marzo de 1931, a los pocos días de estrenar su nueva herramienta literaria, obtuvo el primer y único premio de su vida, concedido por la Sociedad Artística del Orfeón Ilicitano por su poema de 138 versos llamado “Canto a Valencia”, bajo el lema *Luz..., Pájaros..., Sol...* El tema principal del poema era el paisaje y las gentes del litoral levantino, en el que destacaba el mar Mediterráneo, el río Segura y las ciudades de Valencia, Alicante, Murcia y, en mayor medida, Elche.

Cuando Hernández recibió la notificación de la consecución del premio, se apresuró a viajar a la ciudad ilicitana creyendo que recibiría un premio en metálico, pero fue acreedor tan solo de una escribanía de plata. Fue un capítulo corto, pero bien significativo de lo que fue su vida, tan llena de contratiempos y estrecheces económicas. Pero Miguel era un hombre joven, lleno de energía y de grandes sueños. Tenía puestas sus esperanzas en el nuevo tiempo que comenzaba: en las elecciones generales de junio de 1931 triunfaron los republicanos de izquierda y los socialistas. Esta coalición republicano-socialista elaboró una nueva constitución, la de 1931 que introdujo cambios importantes en la estructura del Estado:

- Por primera vez se legaliza el sufragio universal para toda la población mayor de edad (es decir, hombres y mujeres). Además, claro está, las mujeres podrían formar parte del gobierno.

- Se emprendieron reformas sociales y políticas de amplio calado como la del Ejército, las relaciones con la Iglesia, la aprobación del divorcio y el matrimonio civil, la cuestión autonómica, la búsqueda de la justicia social, la agricultura y la educación.

Ninguna cuestión que afectase a su patria era indiferente al joven Miguel, tampoco la política, pero en aquel abril del 31 (a solo 5 años del estallido de la Guerra Civil) su evolución vital estaba marcada por el ideal romántico y su amor por la vida y la cultura: son momentos en los que se va alejando poco a poco de sus amigos “de la calle”, de sus cómplices de picardías callejeras y hazañas futboleras, y va arrimándose a aquellos que podían ayudarle a crecer y a emprender una nueva vida: su preocupación en aquel tiempo no es tanto el ascenso social como ser aceptado en el círculo intelectual más vanguardista de su ciudad.

Por una y otra razón, debemos destacar aquí dos figuras: la primera es la de otro chico, joven como él, llamado Carlos Fenoll, propietario de una tahona en la misma calle de Arriba y, por tanto, vecino de Miguel. Era un muchacho laborioso -llevaba el negocio familiar tras el fallecimiento del padre- con una gran actividad intelectual, y poeta como él, aunque, a diferencia de Miguel, a Carlos la poesía le venía en los genes, pues su padre era un conocido trovero local.

Gracias a Fenoll, Hernández publicó su primer poema –“Pastoril”- con diecinueve años recién cumplidos, en *El pueblo de Orihuela*. De la mano de Fenoll, empezará el joven Miguel a colaborar en la prensa local, muy destacadamente en *Actualidad*, perteneciente al Sindicato de Obreros Católicos. La tahona de su familia era, además, un punto de reunión importante -que no tertulia, como se ha dicho- donde Miguel fraguó profundas amistades y practicaba sus incipientes habilidades interpretativas. Apunta Eutimio Martín otra razón muy poderosa por la que Miguel Hernández se hizo asiduo a estas reuniones: el joven poeta podría estar rondando a Josefina Fenoll, la hermana de su amigo, pretensión que tuvo que abandonar al prometerse la muchacha con Ramón Sijé, de quien pasamos a hablar a continuación.

La segunda figura es la de Ramón Sijé -anagrama de José Marín-. Algo más joven que Miguel, alumno también del colegio de Santo

Domingo, aunque los chicos no se conocieron allí, e hijo de una familia de comerciantes acomodada, aunque venida a menos. Era un muchacho retraído y enfermizo, solitario, de vida monacal, casi misántropo, pero con unas precoces dotes intelectuales.

Sijé se erigió en -segundo, si como tal aceptamos a Almarcha-mentor literario de Miguel. Sobre este asunto afirma Collado en su libro *Miguel Hernández y su tiempo*:

“Con una labor de experto cirujano, Sijé comienza a poner orden en las atropelladas lecturas de Miguel, eliminando unas, posponiendo otras, y facilitándole o aconsejándole las nuevas, siempre con un adecuado razonamiento, con una medida y valoración asequibles al entendimiento, si despierto y clarividente, todavía falto de formación y base cultural en el futuro poeta.”

Igualmente, Sijé abrió las puertas de otra publicación creada junto a Jesús Poveda -*Voluntad*- a las colaboraciones del poeta pastor. Miguel, Fenoll, Poveda y Sijé estrecharán una profunda amistad en la que Miguel encontrará el apoyo y la comprensión que le falta en su casa. Pero también hay que decir que, en su magisterio, Sijé imbuyó a su discípulo un rancio catolicismo y unas ideas políticas reaccionarias.

De este modo, y ayudado por sus amigos, el joven pastor va adquiriendo el reconocimiento de sus paisanos. Además de publicar en las revistas locales sus poemas, ya con veinte años y en compañía de Fenoll, hacía recitales poéticos en el Círculo Católico de Orihuela. Además, el joven Miguel complementa su actividad literaria con otra gran pasión: la interpretación, llegando a representar algunos papeles en obras que se montaron en la Casa del Pueblo y el Círculo Católico, e incluso fundando una compañía teatral de aficionados con sus amigos de la tahona. Pero este idilio un tanto provinciano del poeta con la cultura oriolana tiene los días contados.

Poco a poco, arraiga en Miguel la idea de marchar de allí, de abandonar la estrechez de Orihuela y abrirse a otros horizontes, de quitarse el pelo de la dehesa buscando mejores cauces a su ambición literaria. La frustración le abrumba cuando sale excedente de cupo para

el servicio militar, oportunidad para los jóvenes de la época de salir de su pueblo y conocer otros horizontes. Pero otra idea le ronda la cabeza: marchar a Madrid, donde en aquellos años había una ebullición de fantásticos y jóvenes poetas -la llamada Generación del 27- que atraía poderosamente al pastor. Miguel quería vivir aquello. Quería estar allí. Y recabando recomendaciones varias, contribuciones económicas de amigos y, por supuesto, luchando contra la incomprensión y oposición de don Miguel, el poeta parte a Madrid y llega, en la que será su primera visita a la corte, un 30 de noviembre de 1931. La recientemente proclamada República acoge al joven poeta levantino.

Ese saltar por encima del horizonte de provincianismo literario al que Miguel parecía estar abocado de haberse acomodado en su pueblo natal y ese buscar un nuevo encaje a su poesía, nos ponen ante el Miguel definitivamente adulto, ante el joven “Miguel, el de las batallas”, como le llamó Sijé en una injusta carta reprobatoria del 29 de noviembre de 1935.

Con una joven República casi recién proclamada, el orcelitano llega a la capital y se hospeda en un triste alojamiento, en una humilde pensión sita en la calle Costanilla de los Ángeles para, después, cuando el escaso dinero que ha traído va menguando, mudarse a un cuarto habilitado en la Academia Morante, donde, a cambio de oficiar de conserje, solo tendrá que pagar la comida. El poeta busca influencias para encontrar trabajo, valiéndose de recomendaciones de conocidos y visitas a personas influyentes como Concha Albornoz, hija de un ministro de la República, o como Giménez Caballero, director de *La Gaceta Literaria* y persona de ideas filo fascistas. La primera, no puede hacer nada por él pese a su buena voluntad; el segundo, aunque da noticias de Miguel en su revista, solo retrata la imagen chusca y pintoresca de un pastor de cabras que se mete a poeta.

El tiempo se le escapa y poco a poco el dinero que llevaba, también. Tragándose el orgullo, Miguel Hernández tiene que vivir del sablazo y del poco dinero que consigue de los amigos de Orihuela, para lo que apremiaba con insistencia a un paciente Sijé, quien atendía como podía a su “tiránico y cargante amigo” (en palabras de Eutimio Martín). Como puede, va dando esquinazo al señor Morante, dueño de la academia, que le reclama el pago atrasado del alojamiento. Finalmente, el dinero se

acaba y el casero lo echa sin piedad a la calle, yendo Miguel a recalar en una pensión para indigentes.

Tal llega a ser la penuria que atraviesa el poeta, que conoció noches al raso en un banco -¡qué distintas de las pasadas junto a su rebaño!- e incluso llegó, por lo que parece, a dormir bajo un puente. Su aspecto físico era deplorable, y en esta tesitura empezó a enfermar de los pulmones, a consecuencia de las intemperies que conoció. Las dolencias pulmonares ya no le dejarán, y las arrastrará toda su vida.

Solo cinco meses duró su primera singladura madrileña, pues en mayo de 1932, emprende el poeta un accidentado viaje de regreso a Orihuela. Viajaba con un billete de favor expedido a nombre de otra persona y, para colmo, con una cédula de identidad -este documento personal trajo a Miguel más de un disgusto- ajena, concretamente, de su amigo de Orihuela el filósofo Augusto Pescador, que residía en la capital. Descubiertas ambas imposturas, la Guardia Civil le hace bajar en la estación de Alcázar de San Juan, le lleva al calabozo y allí es vejado de palabra por los agentes.

En amarga carta del 17 de mayo (que se conserva en la Fundación Cultural Miguel Hernández de Orihuela) se queja a Sijé contándole su odisea:

“[...] me dicen que soy un estafador, que suplanto la personalidad de otro; me escarban todos los bolsillos, me insultan y me avergüenzan cien veces.”

Y lo peor es que, como apunta José Luis Ferris en su obra *Miguel Hernández*:

“Lo que no imagina Miguel era que aquella prisión no sería la última de su vida. Le quedaban doce más y un largo rosario de detenciones y engaños que reducirían esta primera aventura de Madrid a un mero hecho anecdótico.”

El poeta está de vuelta en Orihuela el 20 de mayo de 1932. Trae consigo el sabor de la derrota e, imaginamos que tendría que aguantar

el sarcasmo de don Miguel. Sin embargo, pese al fracaso personal de no haberse hecho un hueco en el escenario literario de la corte ni de haber encontrado allí un trabajo que le diera estabilidad, hay que decir que fue muy decisivo en su trayectoria vital y literaria: el hijo del *Vicenterre* ha abierto otras ventanas a su poesía.

En Madrid ha aprendido el neogongorismo que cultivan los jóvenes poetas a los que él se pretende aproximar y que cristalizaría en su primera obra publicada: *Perito en lunas*. Y es que el joven poeta ha dado tras su estancia en la Corte por concluida su etapa de autor de alcance local, ahora pretende remontar vuelos y elevarse al cielo de los autores nacionales, necesita publicar un libro, y sabe que para eso sin los buenos oficios de Ramón Sijé, este objetivo está fuera de su alcance.

A su regreso, ha encontrado una Orihuela muy dividida entre los partidarios de la República, que ha traído al pueblo la secularización y la expulsión de los jesuitas, y la reacción conservadora frente a estos nuevos aires, en la que participan activamente sus mentores Almarcha y sobre todo Sijé y su grupo reaccionario, entre los que se encontraban profesores, clérigos y notarios.

No quiere volver con las cabras el poeta, así que entra a trabajar como contable en el negocio del padre de Sijé -su segundo padre, como le llama Miguel- y sigue escribiendo bajo el signo estético del neogongorismo aprendido en su corta estancia madrileña. Sijé considera dignos de publicación esos poemas y lleva a su amigo, en el mes de julio, a la redacción de *La Verdad* de Murcia, cuyo suplemento literario *Sudeste* desarrolla una meritoria actividad editora y en el que Sijé vislumbra la posibilidad de publicar esos versos, lo que sucederá en 1933, a los veintitrés años del poeta.

Pero antes conviene que nos detengamos en un episodio importante en la vida de Miguel, tanto por su contribución a su posicionamiento ideológico como a su apertura a nuevas amistades que influirán en este. En octubre de 1932, su Oleza (nombre literario de Orihuela) le rinde un emotivo homenaje a Gabriel Miró, homenaje que incluye el levantamiento de un busto del autor de *El obispo leproso* en una glorietta

que llevará su nombre. Igualmente, se publicó un número único de la revista *El clamor de la verdad*, donde Miguel publica dos poemas.

En el acto intervenía como orador invitado el mismo Giménez Caballero -*Gecé*- que tan mal supo entender y ayudar al poeta en Madrid. Giménez -declarado falangista a estas alturas- imprimió a sus palabras un sesgo político tan fascistizante que provocó la incomodidad y el enojo de buena parte de los asistentes. Incomodidad y enojo que deviene en incidente cuando *Gecé* proclama que la derecha ha traído la República a España. El poeta cartagenero Antonio Oliver no se puede contener y le grita: “¡Embustero!” Junto con su esposa, la también poetisa (sí, permítasenos esta hermosa palabra) Carmen Conde, es conducido al cuartelillo.

Miguel los acompañó en todo momento y allí se fraguó una sólida amistad que pondría al oriolano en contacto con el fecundo mundo cultural cartagenero, a la vez que con un círculo de amistades progresistas que influyeron en su devenir ideológico futuro. Entre esas nuevas amistades, hay que citar un nombre de mujer: María Cegarra, que merece un destacado lugar en la biografía del poeta.

Pero Miguel se vuelve a ahogar en Orihuela. Gestiona sin éxito su ingreso en la Base Militar de Submarinos de Cartagena. Pero al menos se lleva una satisfacción cuando ve cumplido uno de sus objetivos: su primer libro, que, tras otras varias opciones, llevará el título de *Perito en lunas*, verá la luz el 20 de enero de 1933 en las imprentas de la referida revista murciana *Sudeste*. Cuenta entre sus avalistas con el canónigo Almarcha, quien puso las 425 pesetas necesarias para la publicación. Aquí hemos de relatar un episodio importante en la vida de nuestro poeta: en una de las visitas previas a la edición, el editor, Raimundo de los Reyes, le presenta nada menos que a Federico García Lorca, quien era un ídolo para Miguel y que se encontraba en la ciudad del Segura de gira con *La Barraca*. El oriolano le recita algunos poemas de su futuro libro, que suscitan el elogio del granadino, pero cuando, llevado de la euforia del momento, un lenguaraz Miguel se autotitula como “el mayor poeta de España”, el ego de Federico -quien estaba convencido de que ese puesto de honor le correspondía a él- detiene el incipiente abrazo que iba a dar al novel poeta y le replica un tanto molesto: “hombre, no tanto.”

A partir de ahí, el gran poeta andaluz guardará un oculto resquemor contra Miguel, cuyos modales y aspecto de cabrero -esas sempiternas alpargatas- incomodarán a quien era un dandi de los cenáculos literarios de la corte. La relación entre ambos poetas será asimétrica. Miguel buscará la proximidad, el consejo y la ayuda del granadino y este se la escamoteará.

Pero volvamos al libro, que pasó desapercibido para el público y fue mal entendido por los pocos críticos que repararon en él, aunque por lo menos permite al poeta contar con el bagaje de una publicación. Esta era su gran ambición a corto plazo. En palabras de Eutimio Martín (*El oficio de poeta. Miguel Hernández*):

“A la Iglesia [a Almería] se lo debe económicamente, y de la Iglesia dependerá, mientras siga en Orihuela, la continuación y el ascenso en su carrera literaria. Y para ello solo se le ofrece un camino: seguir haciendo méritos al servicio de la causa católico-agraria.”

Es decir, este triunfo de Miguel -nos referimos a la publicación de un libro- le supone, en cierto modo, una hipoteca, una gravosa deuda de gratitud de la que, como veremos en su momento, el poeta no dudó en desprenderse en cuanto lo creyó necesario.

Modestos trabajos como el de botones de un banco o de mecanógrafo en la notaría del señor Quiles, así como la publicación de prosas en *La Verdad*, le permiten subsistir muy modestamente, aunque alejado de las cabras de su padre. Pero pese a la incompreensión que rodeó a su primera obra, Miguel era ya un intelectual reconocido en círculos próximos y alguien con el que se contaba, como muestra su visita a la Universidad Popular de Cartagena, invitado por el matrimonio Oliver Conde el 29 de julio de 1933. Invitación importante, no solo por evidenciar la talla intelectual que se empezaba a reconocer a Miguel Hernández, sino también porque, en palabras de F. J. Franco (“El Ateneo de Cartagena y la cultura republicana”, en *Miguel Hernández y Cartagena. Memorial José M^a de Juana Aranzana*):

“La creación de la Universidad Popular de Cartagena fue, sin duda alguna, el más importante logro cultural de la Segunda República a nivel

regional y el sello de identidad que caracteriza a varias generaciones de intelectuales, pensadores y profesionales de la enseñanza, que vieron plasmados con la nueva institución muchos de sus objetivos...”

Esta invitación manifiesta el reconocimiento intelectual que, siquiera a nivel local, Miguel tenía ya en estos años.

Allí el poeta lee su poema “Elegía media del toro” y se reencuentra con una mujer importante en su vida: María Cegarra, una química y poetisa de La Unión diez años mayor que él y a quien conoció, como vimos, en el mencionado homenaje a Gabriel Miró.

Enturbia este éxito el hecho de que el libro primero de Miguel fue mal entendido por la crítica y sus ventas fueron escasas. El fracaso de *Perito en lunas* tuvo el efecto perverso de arrojar a Miguel en brazos de Sijé y su influencia ideológica, como bien dice Ferris (opus cit.):

“Consciente del fracaso de su primer libro, se halla predispuesto a seguir más que nunca los consejos del amigo para que sus esfuerzos encuentren el reconocimiento que hasta ahora se le ha negado.

Hay, pues, una disponibilidad estética e ideológica más sensible que se traducirá en una poesía de acusado componente religioso en la que tiene enorme participación la influencia de Ramón Sijé [...] No cabe duda de que Marín ha logrado hacer de él aquello que desde siempre le dictaron sus propósitos: el poeta conceptista y ascético que llevará a cabo su ideario teocrático...”

Bajo ese signo ideológico, el poeta emprende otra empresa literaria: un libro de poemas que se titulará *El silbo vulnerado* con el que se presentará al Premio Nacional de Literatura. Miguel andaba entonces entre los 23 y 24 años.

Pero no todo era poesía y trabajo para el poeta. Su corazón también tiene sitio para el amor. Este se le cruza en la figura de una modesta costurera del pueblo a la que conoció en las reuniones de la tahona de Fenoll: Carmen Samper, alias *la Calabacica*, de proverbial apodo, pues no dejará de dar calabazas a medias a ese constante poeta cabrero que

se ha prendado de ella. La razón por la que la muchacha rechazaba -si bien no de forma tajante e incontestable- al *Vicenterre* eran sus ojos, de los que dijo:

“Tenía ojos de loco, como si quisieran salirse de sus órbitas.”

Y no es una apreciación caprichosa de la costurera, pues de su mirada excesiva dieron cuenta también sus amigos, sus compañeros de aventuras y sus mentores.

Si bien en el aspecto amoroso la suerte se le presentaba esquiva, en el laboral, ahora parece sonreír al joven poeta, pues encuentra un trabajo más estable como mecanógrafo en la oficina de otro notario: don Luis Maseres.

No obstante, no pasará mucho tiempo hasta que Miguel olvide a Carmen, quien dejará huella en algunos de sus poemas, y -ahora sí- le sonría el amor en la persona de otra costurera: Josefina Manresa, la auténtica mujer de su vida, la que tras muchas vicisitudes y ausencias acabará siendo su novia primero y su esposa por fin. Josefina era procedente de Jaén, hija de un guardia civil del acuartelamiento de Orihuela, una moza de hechuras andaluzas a la que Poveda (*Vida, pasión y muerte de un poeta. Miguel Hernández*) describe de la siguiente manera:

“Su pelo era anillado y muy largo, le llegaba hasta la cintura. Era de piel blanca y ojos negros, como una fina estampa mora de mujer, de aquellas cordobesas que le dieron fama al pintor de la mujer morena, Julio Romero de Torres. Y su edad sería como de unos dieciséis o diecisiete años.”

En cuanto a sus prendas morales, la modistilla era una chica humilde, recatada y católica que, no sin vencer recelos y tras el oportuno galanteo le da el sí a ese poeta cabrero de extraños ojos azules y saltones que ya tiene novia formal. En septiembre de 1934 se formaliza el noviazgo.

4. Literatura y compromiso

POESÍA

En los primeros años de su producción literaria, correspondientes a su adolescencia y juventud, ¿Qué ideología trasluce la obra del joven Miguel? La proximidad de Sijé y Almarcha le conduce hacia la producción de una poesía religiosa que, aunque no tiene aún el tono encendido que veremos en *El Gallo Crisis*, apunta maneras. Una poesía en la que el poeta ve a Dios presente en todas las facetas de la vida humana, muy particularmente en el trabajo, como muestra su oda (encargada precisamente por Almarcha) “Al trabajo”, donde dice que este es “una escala para ver más cerca a Dios”.

No están ausentes los poemas de exaltación mariana, como “Plegaria”, donde el poeta hace a la Virgen humilde ofrenda de sus versos. Tampoco falta la exaltación de la piedad popular en el poema “El nazareno” -que llamó la atención de un Sijé que aún no lo conocía- o “La procesión huertana”. La visión del clero es, en estos primeros versos, idealizada y amable, como vemos en “Ese dulce párroco de tez cetrina” que es un elemento más del ambiente en “Tarde de domingo”.

No obstante, y como veremos en otros escenarios de su obra, es posible hallar en esta época tan temprana de su producción algún destello de crítica social en el lastimero poema “Mi barraquica”, donde un huertano implora a su amo que no lo desahucie de la barraca en la que vive con toda su familia. Si bien este poema no está en la onda y el tono de su poesía social posterior, sino, más bien, en la de un costumbrismo hijo de un Vicente Medina. Todos los poemas aludidos forman parte del corpus *Poemas sueltos I* (Miguel Hernández. Obra completa. Edición de Agustín Sánchez Vidal y José Carlos Rovira), que recogen su producción anterior a *Perito en lunas*.

En cuanto a este último libro, *Perito en lunas* (1933), como dice Domingo Navarro (*Miguel Hernández y su comprensión social del mundo*):

“... a pesar de que existe un escenario de referencias a la cultura bíblica y eclesial, lo que polariza los contenidos de *Perito en lunas* es la naturaleza y las personas de oficios o quehaceres sencillos”.

En las 43 octavas recogidas en este libro, no hay alusiones políticas y muy pocas religiosas. Tan solo tres poemas, de los que dos tienen referencias marianas, aunque la Virgen no sea el tema: la XIII y la XX que asocian conceptualmente a María con un gallo anunciando el alba y con un retrete, respectivamente. En la octava IX, el Dios del Sinaí provee de maná al pueblo hebreo en el desierto.

No podemos obviar otros poemas situados en la estela de este libro (los agrupados bajo la denominación *Ciclo de “Perito en lunas”* en la edición de *Obras Completas* que manejamos) y que nos llevarían hasta 1934, los veinticuatro años del poeta. En este sector de su obra hay poemas que, sin ser religiosos, acusan por lo menos la presencia de Dios, presentan menciones a Él. Destaca entre ellos “CITACIÓN -fatal”, su elegía a Ignacio Sánchez Megías, por cuanto algunos de sus versos (“... en la quietud inmóvil de la arena / con Dios alrededor, perfecto anillo”) presentan una imaginería poética que se repite en “El torero más valiente”, drama de 1934 donde Dios y la religión tienen un gran protagonismo.

Dentro de este ciclo de poemas, debemos mencionar también “INVIERNO-puro” y “SILENCIO-divino”, en los que el motivo del silencio está transido de Dios:

“El silencio es contemplación, calma, quietud que nos ayuda a contemplar a Dios (“y... ¡silencio!... ¿Es espíritu callado? / ¿Es Dios? Sí. La verdad no es respondona”) a la vez que la elocuencia de Este es el silencio (“Señor, ¡Cállate! / Calla en todo tiempo”).

Pero son los seis poemas publicados en la revista *El gallo Crisis* los que constituyen el núcleo de su poesía religiosa. Dicha revista, que fue publicada entre junio de 1934 y mayo de 1935 y fundada por su amigo Sijé, era el vehículo de su catolicismo carpetovetónico y de sus ideas políticas reaccionarias. Miguel, como hemos dicho en otro

momento, vio sus poemas publicados en esta revista incluso cuando sus ideas eran ya muy otras a las expresadas en esas poesías.

“ECLIPSE-celestial” es una oda al sacramento de la Eucaristía y la Sagrada Hostia, en la que el mismo Dios se encarna:

“Tú, con naturaleza de semilla / reducido a la mano. / Transformado en harina, / traspuesto, trasplantado.”

Esa exaltación de la Sagrada Forma lleva aparejada la de quien, con su honrado trabajo, hace posible la harina de la que sale: el campesino, ‘santificado’ por su labor y sobre el que pesa el designio de hacer posible la Eucaristía. “Tú, que has sacado a Dios de los trigales / candel y redondo”, dice el poeta en “PROFECÍA – sobre el campesino”. Tampoco faltan los poemas de exaltación mariana, como “A María Santísima” en los misterios de la Encarnación y de la Asunción.

En cuanto a las ideas políticas reflejadas en este sector de su poesía, están en sintonía con la de sus mentores del momento, Sijé y Almarcha. En la mencionada “PROFECÍA-sobre el campesino”, frente a la reforma agraria propugnada por la República, el poeta exhorta al labrador a que se olvide de revoluciones, porque el cereal y el pan que él produce con su trabajo hacen posible la Eucaristía:

“En nombre de la espiga te conjuro: / ¡Siembra el pan! con esmero.
/ Día vendrá un cercano venidero / en que revalorices la esperanza /
buscando la alianza / del cielo y no la guerra.”

Publicado en esta revista y dentro también de las coordenadas ideológicas ultraconservadoras de sus mentores, encontramos el poema “LA MORADA- amarilla”, en el que, acusando un fuerte castellanocentrismo muy noventayochista, considera a Castilla la morada de Dios (“¡Qué morada! es Castilla: / ¡Qué morada! de Dios y ¡qué amarilla!”), amenazada por las revueltas sociales y lucha de clases que los nuevos tiempos han traído: “Esta Mancha manchega, / ¿por qué? se desarrima / al cielo en este tiempo, y le da voces”. Y más adelante: “La viña alborotada / está; la mies revuelta”. Finalmente, en la misma línea que en poemas anteriores, insta a Castilla -por metonimia a

los campesinos castellanos- a olvidarse de revueltas y volver al cultivo de las tierras: “No esperes a mañana / para volver al pan, a Dios y al vino: / son ellos tu destino”.

Más allá de lo que acabamos de decir, en palabras de Ferris (opus cit.), en este poema, Miguel Hernández “ejerce una clara defensa de la unidad de España y el regreso a las glorias del Imperio”. Una tesis que coincide políticamente con el ideario falangista.

En los poemas pertenecientes al ciclo de “El silbo vulnerado” hay trazas de panteísmo en algún poema como “Mar y Dios”, donde encontramos apóstrofes al Creador:

“¡Oh, Dios! ¡Qué sed! de tu temperatura, de tu comunicable fortaleza / y volandas de amor a la ventura”.

O como en “ÁRBOL-desnudo”, donde Dios es un elemento armonizador de la naturaleza con presencia viva en ella, “¡Cuánta diafanidad! ¡Cuánto silencio! / con carácter de vidrio, / que nos mete a los dos, ejemplos / de Dios por el oído”.

PROSA

En cuanto a la prosa, diremos que desde 1930, a sus 20 años, empieza el poeta a publicar en distintos medios de comunicación como *La Estampa de Orihuela*. Prosas que se mueven, muchas de ellas bajo la influencia de Gabriel Miró, Rubén Darío y un sano costumbrismo. Entre noviembre de 1932 y mayo de 1934, colaboró en *La Verdad* de Murcia.

Nos interesan aquí aquellas prosas que muestran una ideología patente en Miguel. Encontramos algunas de ellas que sintonizan con los poemas de *El Gallo Crisis*, como “VÍA- de campesinos”, donde relaciona Dios y campo, que, por producir la harina, hace posible la liturgia (“...tierra hidalga del campo religioso, son los que producen la verdadera espiga candelal”) e insta a los campesinos a ser libres obedeciendo la voluntad de Dios “...[campesinos] ¡id! Libres, por el libre albedrío de la senda, la voluntad de sujeción, obedeciendo al polvo,

a nada, a Dios». O en “MOMENTO-campesino”, donde en la onda del menosprecio de corte y alabanza de aldea, volvemos a encontrar al poeta exhortando a los campesinos a permanecer en sus pueblos y su tierra, a olvidarse de revoluciones y vivir cerca de Dios, que mora en el campo: “Vuestra vida es de la tierra como vuestra muerte [...] Habéis de reintegraros a la esteva. [...] Amenazad a la espiga y no al hombre con la hoz del filo grande”.

Hasta aquí parece que las prosas de Miguel se mueven en la esfera de un costumbrismo inocente y sus ideas vertidas en *El Gallo Crisis*. Pero no es así. En algunas de sus prosas veremos un preludeo del Miguel contestatario que conoceremos a partir de 1935. Encontramos tempranos atisbos de crítica social en prosas como la tremendista *El niño Flores*, donde el poeta nos presenta lo que podríamos llamar un preniño yuntero: “Tengo sueño porque hace mi padre que me levante muy temprano... ¡tan temprano! Para ayudarle en sus trabajos... ¿Por qué he de trabajar? Tengo siete años. El Corrigüela tiene doce años y ni trabaja [...] De mala gana el niño, sacudió varias veces su vara sobre el lomo de los bueyes, y comenzó una tonada melancólica su vocecita infantil”.

Volveremos a ver aparecer el tema del trabajo infantil en otros momentos de su obra, tema que refleja una realidad con mucha visibilidad en aquellos años y aquella España y, al que el poeta, por propia experiencia -suya y de su hermano Vicente- era muy sensible.

Otros momentos de crítica social los encontramos en prosas como *El niño pobre*, con otro motivo que vemos repetido en la obra de Miguel: el de los ladronzuelos de fruta, que encontramos en algún poema. Igualmente, en “CHIQUILLA- popular”, asoma el tema del abuso sexual de los poderosos sobre las mujeres humildes.

En estas prosas vemos prefigurarse de manera prematura al poeta reivindicativo y contestatario que contemplaremos a partir de 1935, si bien sin enarbolar ninguna bandera política. Pero no ocurre esto solo en lo social, sino que, en el terreno religioso, también vemos destellos de anticlericalismo en unos años en los que Miguel estaba, aparentemente,

en la onda religiosa de Sijé. Es el caso de *La tragedia de Calisto*, escrita en 1932 y, significativamente, a la vuelta de su primer viaje a Madrid.

En el personaje del padre Moratal nos presenta el poeta la desgarradora contradicción religiosa de un jesuita que, debiendo practicar la caridad que predicaba, tiene un comportamiento cruel y anticristiano con un humilde indigente, y en su aparatoso arrepentimiento satiriza Hernández el espíritu fariseo que atribuye a esa orden religiosa que él tan bien conocía. Igualmente, y en la misma prosa, incluye una oración irreverente que roza la blasfemia con el nombre de la Virgen María, tan venerada en otros poemas del autor:

¿Será el culo de la Virgen como el de las pavas? ¿En qué lugar del cielo tiene la Virgen su retrete? ¿Templará la virgen el arpa del peine como mi madre, que rasca hasta su última cuerda para buscar los piojos extraviados?

Igualmente, en los acercamientos y babosos abrazos de otro jesuita (“A Calisto los abrazos del padre Esquivá le asqueaban. Olían las mangas del padre Esquivá a rapé, a solterón, a viudo”) adivinamos el fantasma de la pederastia. Este carácter de avanzadilla anticlerical de *La tragedia de Calisto* lo expresa muy bien Domingo Navarro (*Miguel Hernández y su comprensión social del mundo*): Habrá que esperar al poema “Sonreídme” para encontrar diatribas más fuertes contra la iglesia católica.

El compromiso con la izquierda y la denuncia sin paliativos de la injusticia social habremos de encontrarla en los años siguientes, en los que su vida, como la de la joven República se irá llenando de sinsabores y contratiempos insolubles.

BIBLIOGRAFÍA

ALCAIDE INCHAUSTI, J.: *Evolución Económica de las regiones y provincias españolas en el siglo XX*. Madrid, Fundación BBVA, 2003.

ALONSO, A.: *La modernización de España (1917-1939). Política y Sociedad*. Editorial Síntesis. Madrid, 2004.

ARTOLA, M.: *Partidos y Programas Políticos (1808-1936)*. Editorial Ariel. Madrid, 1975.

AZAÑA, M.: “El problema español”. Conferencia pronunciada el 4 de febrero de 1911 en la Casa del Pueblo de Alcalá de Henares. Edición Facsímil. Madrid, 1911.

COLLADO, P.: *Miguel Hernández y su tiempo*. Ediciones Vosa. Madrid, 1993.

DÍEZ DE REVENGA, F. J.: “Miguel Hernández, Carmen Conde, el centenario de Lope de Vega y Cartagena”. En *Miguel Hernández y Cartagena. Memorial José M^a de Juana Aranzana*. Fundación Cultural Miguel Hernández, 2015.

FERRIS, J. L.: “La amada plural en *El rayo que no cesa*”. <http://www.miguelhernandezvirtual.es/new/files/06joselu.pdf>

Miguel Hernández. Pasiones, cárcel y muerte de un poeta. Fundación José Manuel Lara. Sevilla, 2022.

FRANCO, F. J.: *Mujeres de la España Republicana*. Áglaya. Cartagena, 2007.

“El Ateneo de Cartagena y la cultura republicana”, en *Miguel Hernández y Cartagena. Memorial José M^a de Juana Aranzana*. Fundación Cultural Miguel Hernández, 2015.

LARRABIDE, A.: “La poesía comprometida de Miguel Hernández”. En *Miguel Hernández y Francisco Salinas. Dos poetas del pueblo*. Fundación Cultural Miguel Hernández. Orihuela, 2019.

“Miguel Hernández y las misiones pedagógicas”, en *Miguel Hernández y Cartagena. Memorial José M^a de Juana Aranzana*. Fundación Cultural Miguel Hernández. Orihuela, 2015.

MARTÍN, E.: *El oficio de poeta. Miguel Hernández*. Aguilar, 2010, pp. 33.

NAVARRO ORTIZ, D.: *Miguel Hernández y su comprensión social del mundo*. Universidad de Murcia, 1997.

POVEDA, J.: *Vida, pasión y muerte de un poeta. Miguel Hernández*. Ediciones Oasis. México, 1975.

SOLER, M.: Los temas de “24 sonetos inéditos” en *Miguel Hernández y Cartagena. Memorial José M^a de Juana Aranzana*. Fundación Cultural Miguel Hernández. Orihuela, 2015.

VILAR, P.: *Cataluña en la España Moderna*. Editorial Crítica. Barcelona, 1987.

VV.AA. *Catálogo de la exposición La Orihuela de Miguel Hernández (1910-42)*. Orihuela, 2011.